

La incertidumbre se ha convertido en una noción vaga, insulsa, acomodaticia, que ha sido desgastada por el uso desde que los teóricos de la modernidad la pusieron en el centro de sus análisis para darle algún sentido a esa sensación que estaría agobiando a las gentes que habitan mundos cambiantes, complejos, de transformaciones rápidas y contingentes, en los cuales las urgencias de cada día no permiten entender hacia dónde va la sociedad y qué puede depararles el mañana. A pesar de los tópicos que rodean hoy la noción de incertidumbre, esta palabra parece adecuada para ilustrar la coyuntura por la que atraviesa la sociedad colombiana, a medio camino de un gobierno que prometió ganarle la guerra a la guerrilla, otorgarle a sus conciudadanos seguridad con democracia, transparencia en la administración pública y como corolario de las dos anteriores, garantías para la inversión privada nacional e internacional.

Sin embargo, las promesas y los desempeños del gobierno no han logrado disipar las incertidumbres ni siquiera entre sus más fieles seguidores; la guerra continúa siendo una realidad insoslayable y como no se han conseguido triunfos militares contundentes, se optó por invisibilizarla, nombrándola como agresión terrorista contra una sociedad inerme, lo que no logra resolver las dudas y los miedos de la población sobre la guerra real y sobre los riesgos latentes y manifiestos de un conflicto armado que parece alimentarse a sí mismo. La transparencia prometida parece haber naufragado en las negociaciones emprendidas con el Congreso para asegurar la reelección presidencial, al tiempo que la reacción de la oposición y sus alternativas de cambio no son claras, ni se sabe qué puede pasar con los proyectos de ley y con el devenir de las tesis sobre la sustitución del régimen político presidencialista por alguna forma de parlamentarismo todavía no muy bien definida.

La nebulosa negociación con los grupos paramilitares ha puesto de nuevo sobre la mesa de la discusión los temas de la memoria y el olvido; de la verdad, la justicia y la reparación, y el proceso parece caminar aceleradamente sin que se logre saber a ciencia cierta qué va a pasar con los desmovilizados y quién se va a hacer cargo del dolor y el sufrimiento de las víctimas agredidas por ellos. La incertidumbre ronda también en torno al acuerdo humanitario demandado por una parte significativa de la población colombiana; y mientras la pobreza y la indigencia aumentan, se negocia un tratado de libre comercio con Estados Unidos de pronóstico reservado. En suma, incertidumbres, dudas, ambigüedades, juegos de palabras y silencios culpables que poco contribuyen a identificar futuros posibles, acentuando los miedos y las inseguridades.

La revista no se ocupa en este número de las incertidumbres enunciadas más atrás; intenta por el contrario aportar referentes teóricos, análisis y debates que contribuyan a la formulación de preguntas relevantes y al esclarecimiento de aquellas y otras temáticas de la política y el mundo público; busca ofrecer marcos de orientación, puntos de referencia, bitácoras y otros instrumentos para la comprensión de los asuntos de la paz y de la guerra; de la acción de los gobernantes y la organización de los gobernados; de los cambios y las permanencias; en fin, recursos interpretativos para que los públicos lectores adelanten sus propias reflexiones y puedan tomar decisiones en entornos turbulentos como los del presente.

El número 24 de la revista Estudios Políticos abre su publicación con una entrevista a Norbert Lechner, rescrita y corregida por él desde julio de 2003 y hasta enero de 2004, con la participación de Paulina Gutiérrez, su esposa. La entrevista había sido originalmente lograda por el profesor Osmar Gutiérrez, en México, en el año de 1996, y sería entonces retomada por Lechner, quien le introdujo correcciones hasta unos veinte días antes de morir. En palabras de Paulina, “en la reformulación de la entrevista Norbert estaba dejando una pequeña historia de su vida intelectual en vistas de la enfermedad y el pronóstico que sabía que tenía”. Y, en efecto, allí Lechner reconstruye su viaje intelectual, la razón de sus temas preferidos, sus preguntas de siempre y sus giros investigativos, rescatando esa faceta subjetiva sobre la relación —casi siempre oculta y pocas veces puesta de manifiesto— entre las vivencias particulares del sujeto y sus preocupaciones intelectuales. Con ello, la revista quiere brindarle otro homenaje a quien fuera miembro de su comité asesor por varios años y a quien dejase huellas muy significativas en el pensamiento político colombiano de las últimas décadas.

Los demás artículos de la revista se ocupan de temas de interés para el esclarecimiento de las disyuntivas nacionales: la crítica de las interpretaciones económicas del conflicto armado y a la dicotomía entre “rebeldes agraviados y criminales codiciosos”; las relaciones no siempre contradictorias entre guerra y ciudadanía; la democracia deliberativa y sus implicaciones sobre la gobernabilidad y la toma de decisiones

políticas; las elecciones, vistas como manipulación de gobiernos con tendencias autoritarias y como manifestaciones instrumentales alejadas de la democracia (estos dos últimos artículos introducen una nueva noción de autoritarismo; “autoritarismo competitivo” a partir de análisis comparativos entre varios países africanos, asiáticos y latinoamericanos). La revista incluye también un artículo muy agudo sobre el abandono en Colombia y en el mundo occidental del tema de la justicia igualitaria a pesar del incremento de los desajustes sociales, la pobreza y la exclusión en buena parte del planeta.

En este número de la revista, se presentan entonces reflexiones de interés para los lectores que se preguntan por el devenir de la política. Y aunque las respuestas no son directas ni concluyentes, también es verdad que la ausencia de preguntas es la peor de las respuestas.

María Teresa Uribe de Hincapié

Directora

Revista Estudios Políticos